



hiddensee

GREGORY MAGUIRE

Autor del bestseller Wicked. Memorias de una bruja mala



EL CUENTO DEL CASCANUECES
QUE FUE Y SERÁ

Gregory Maguire combina la leyenda del origen del Cascanueces con la vida de Drosselmeier, su creador. Tras transportar a sus seguidores a Oz gracias a *Wicked* y al País de Nunca Jamás con *After Alice*, Maguire nos lleva en esta ocasión a los reinos de los Hermanos Grimm y E. T. A. Hoffman, a la encantada Selva Negra de Baviera y a los salones de Múnich.

Hiddensee trata los orígenes del Cascanueces: ¿cómo se talló esta fascinante criatura? ¿Cómo acabó guiando a una niña enferma llamada Klara a un paraíso de ensueño en Nochebuena? Hiddensee no es una mera versión de un cuento clásico. En el próspero romanticismo alemán, Maguire descubre un bosque emigrante perteneciente a un misterioso culto helénico y sopesa una cuestión trascendental: a pesar de los pormenores, engaños y retos de la vida, ¿cómo puede una persona acceder a unos secretos que beneficiarán a desamparados y desvalidos? Lo que Hiddensee ofrece es una brizna de esperanza. Si en una oscura noche de invierno, el infeliz del padrino Drosselmeier puede llevar un Cascanueces encantado a una niña en apuros, quizás todo el mundo, por muy solo o marginado que esté, posea un objeto preciado que pueda compartir.

*Para Barbara Harrison.
En honor a su amor por Grecia, nuestro hogar.*

Solo con unas pocas palabras quiero llamar la atención del lector sobre cómo los pobres viejos dioses, en la época de la victoria definitiva del cristianismo [...], se encontraron entonces, efectivamente, en la misma triste necesidad en que ya se vieron en otro tiempo y se escondieron entre nosotros, en la Tierra [...]. Más de uno cuyos sagrados bosques habían sido confiscados tuvo que hacer de jornalero leñador entre nosotros, en Alemania.

Heinrich Heine, *Los dioses en el exilio*

Por alguna razón que desconocemos, su infancia... se alojó por completo en él. No podía disiparla. Y, por tanto, cuando se hizo mayor, este impedimento en el centro de su ser, ese duro peso de pura infancia, privó al hombre maduro de alimento... Pero como su infancia permaneció con él siempre, pudo hacer lo que nadie más se atrevió a realizar: podía regresar a ese mundo, recrearlo, para que nosotros pudiéramos volver a ser niños de nuevo.

Virginia Woolf, «Lewis Carroll», en *The Moment and Other Essays*

Gran parte de las tumbas antiguas han desaparecido, sagradas para Guan Yin y Artemisa, sagradas para los dioses y las diosas en cada libro ilustrado que el niño puede leer.

Robert Hass, «El estado del planeta»

¿Sabes lo que es vivir en un lugar que también te ama?

Danez Smith, «Summer, somewhere»

Primera parte

Un cuento del hogar

1

Érase una vez un niño que vivía en una cabaña en las profundidades del bosque con una anciana y un anciano como única compañía.

—Mira y verás de dónde surge la vida —le dijo un día la anciana en el establo de la cabra.

El niño miró hacia donde le señalaba. Con cara de asco y aburrimiento, la gata expulsó una bolsa de entre sus patas traseras. La madre mordió la envoltura plateada y liberó a su cría, que se movió y se quedó tendida como si estuviera agotada tras abrirse paso a nado hasta la costa.

—Cuando llegué yo, ¿estaba tan mojado y era así de peludo? —preguntó el niño. Aún era muy joven.

—Te lo he dicho decenas de veces. Te abandonaron, Dirk. No creciste dentro de mí. Te encontramos en una cesta.

—¿Qué tipo de cesta?

Era la única pregunta que se le ocurría. La mujer hizo caso omiso.

—En esa época no se podía ir al bosque a por setas o bellotas sin que una se topara con un crío abandonado. Menudo fastidio, desde luego.

—No le metas tonterías en la cabeza —dijo el anciano.

El niño regresó para mirar a la madre gata, que lamió el tejido transparente hasta hacerlo pedazos. Otro gatito emergió de ella. Y un tercero. Se estiraron y se pusieron cómodos. Uno de ellos giró la cabeza hacia Dirk. Tenía los ojos cerrados.

—Hola —dijo Dirk—. ¿De dónde has salido?

Aún era lo bastante joven, por aquel entonces, para esperar que le respondiera. El gatito abrió la boca.

—Apártate para que tengan un poco de intimidad —le riñó el anciano—. Es cruel asustarlos tan pronto en la vida.

Así que Dirk nunca averiguó lo que el gatito estuvo a punto de contestarle.

* * *

La anciana. Así era ella: tenía la cara marcada con arrugas de trabajar a la intemperie bajo las inclemencias del tiempo. Llevaba ropas apagadas de colores que habían olvidado lo que significaba ser colorido. No importaba, no tenía gran cosa que celebrar con su aspecto. Los ojos, inquietos, los tenía bulbosos; los labios, secos y con tendencia a fruncirse. Sin embargo, cuando se arremangaba la falda para lavarse las pantorrillas una vez al mes, los tobillos y la parte inferior de sus piernas eran suaves y bonitos. A Dirk siempre le había confundido este hecho.

—Algún día serás demasiado mayor para mirarme mientras me lavo —dijo la anciana—. Toalla.

¿Era cariñosa o severa? Dirk no lo sabía. Un niño que vive en una cabaña en el bosque no puede responder a una pregunta así. Ella era como era, igual que un jabalí es un jabalí, o una mariposa es una mariposa. Rebajaba su cerveza con agua del arroyo. Cocinaba casi lo suficiente para que cenaran cada noche. Su pan se negaba a subir con frecuencia. Su familia se lo comía de todas formas y le daba las gracias, unas gracias tan tristes como breves.

—Si viviéramos más cerca del pueblo, podrías enviarme a por pan ya horneado —le dijo Dirk.

—Eres demasiado pequeño. Cuando seas mayor, Papi te enseñará el camino. Pero hazme caso: si alguna vez sales por tu cuenta, te perderás. Tendrás que encontrarte tú solo. Nosotros no iremos a buscarte.

«Pero ya me habéis encontrado», quiso responder el niño.

—No se irá —dijo Papi—. No le metas ideas en la cabeza.

—¿En qué cabeza? —respondió la anciana.

Le propinó un cachete a Dirk por encima de la oreja, pero con cariño.

* * *

El siguiente: Papi.

También era viejo. Era un anciano perfecto para su anciana mujer. Su patética barba era marrón como el barro congelado. Dirk no sabía si el viejo había nacido con el hombro encorvado de esa forma o si el achaque procedía de cargar el hacha durante años.

Era leñador. Poseía cuatro puestos de leña a cierta distancia de las profundidades del bosque, uno en cada dirección desde la solitaria *waldhütte* donde vivían. En todos los puestos había una caja de madera clavada en un árbol. De-

bajo de la caja apilaba troncos y leña. Si un transeúnte quería yesca para su horno o chimenea, podía coger lo que necesitara y, a cambio, debía depositar unas monedas en la caja. A veces cogían más de lo que pagaban. A veces la parte que les tocaba estaba un poco más verde de lo que sería adecuado. La cosa se compensaba.

El anciano era parco en palabras. Solía abrir la boca para contradecir a la mujer. Puede que fuera malhumorado por naturaleza o quizás su hombro abultado le molestara. No le gustaba retorcer el cuello a las gallinas del corral cuando necesitaban una para la cazuela. Obligaba a la anciana a hacerlo. Pero una vez, durante el crudo invierno, un lobo solitario merodeó cerca y él se las ingenió para atraparlo y matarlo con su hacha.

El lobo murió desangrado bajo la luna. Por la mañana, la anciana partió un trozo de sangre congelada. Parecía un plato roto de color marrón. Lo trajo a casa para espesar el estofado de la noche.

—Papi, saca el cuchillo de trinchar si vamos a tomar carne picada de ese viejo y peludo pecador —dijo.

—Prefiero arrastrar el cuerpo hasta el pueblo y venderlo para comprar algo ya picado y sazonado —respondió.

—Nadie te va a dar un pfennig ni un hueso de jamón por esa criatura roñosa. Sigues siendo un cobarde. Ya trocearé yo al animal si tú no quieres hacerlo.

—Déjame ir contigo al pueblo, Papi —dijo Dirk.

—Nadie va a ir al pueblo —gritó la anciana, la que dictaba las normas—. Aquí nadie sabe dónde está.

Era una mentira habitual para hacer que Dirk se callara. Todos sabían que el anciano iba a por provisiones de vez en cuando.

La vieja colgó al lobo de las patas traseras para que terminara de desangrarse en un cubo. A las gallinas, a la gata de la granja y a la vaca no pareció importarles.

El animal muerto daba vueltas en el armazón y su cabeza invertida a veces se giraba hacia Dirk, que se sentaba en

el taburete de ordeñar para observarlo. Los ojos se habían vuelto lechosos y rojos. Algunas de las moscas que pasaban el invierno en el granero treparon por el hocico del lobo, pero los ojos del cadáver no parpadearon. «¿Qué estás viendo tras la tranquila muerte roja?», se preguntó Dirk. «¿Dónde estás ahora que no te molesta el revoloteo de las moscas?».

* * *

Dirk, el anciano y la anciana. Nacimiento y muerte. Nacimiento y muerte y el bosque por doquier. Y preguntas que nunca se respondían, porque no se podían formular con facilidad.

2

Quizás estéis esperando oír algo del propio Dirk. Pero ¿qué se puede decir de él?

Era un niño bajito, pero todos los años crecía un poco más. Tenía una mano al final de cada brazo y, por encima de la nariz, dos ojos separados de una forma equitativa que no resultaba desagradable. Si estaba al aire libre, el color de su cabello pasaba de ser como trigo sucio durante el mediodía veraniego al rojo dorado de la puesta de sol. En el interior, su pelo era más marrón, como el del boceto de un artista hecho con lápiz conté. Si su sonrisa fortuita lograba aparecer en sus labios, resultaba agradable por ser poco frecuente. Dirk olía a ropa sucia cuando su ropa estaba sucia. En el día del baño, olía a chaval inexperto.

No se parecía a la anciana ni al anciano, no solo porque era un niño abandonado, sino por otra razón obvia: ¿cuándo llega un niño a parecerse de verdad a un adulto antes de ser adulto?

Si es que llega a serlo.

El anciano le enseñó el catecismo y las letras. La anciana le enseñó que toda sopa se empieza con una cebolla. El viejo le mostró cómo se corta una patata y le dijo que algún día podría tener su propio cuchillo para tallar madera, pero hoy no.

En las largas noches de invierno, mientras el anciano daba forma a animales y otras figuras a partir de nudos de madera de pino, la vieja le contaba historias a Dirk, algo que impacientaba al anciano.

—Es pecado contar mentiras —decía.

—Otro pecado es negar la verdad —le replicaba ella.

En las historias aparecían princesas y disfraces, castillos y encantamientos, terceros hijos que buscaban abrirse paso en el mundo, viejas brujas, magos astutos, animales protectores y guías. Casi todas las historias empezaban con la muerte de una madre al dar a luz.

—¿Así fue como murió mi madre? —le preguntó Dirk a la anciana una noche.

El viejo salió de la *waldhütte* dando un portazo, a pesar del viento helado.

—Nadie sabe su propia historia, eso es así, a menos que te la inventes tú mismo —le respondió la anciana al fin—. Y ahora sigamos con la chica de la capa roja. Va a aparecer un lobo, como el que usamos para la carne picada. Escucha lo que va a pasar.

Él escuchó.

Y esto ocurría en 1808, más o menos, en Baviera.

3

Cuando Dirk era tan alto como el palo de una escoba, se despertó una noche con el ruido de murmullos que provenían del piso de abajo. Rodó en su camastro de paja en el altillo y puso la oreja sobre una grieta entre los tablones. El anciano se estaba peleando con la mujer. Dirk distinguió unas pocas palabras («necesario», «débil», «escasez»). Los susurros pueden esconder la forma de las sílabas, pero no el tono. Dirk percibió miedo y culpa.

Le recordó a algo. Pero ¿qué más había experimentado aparte de sus vivencias en esa cabaña del oscuro bosque con dos guardianes viejos? Solo la esporádica historia bíblica que Papi leía poco a poco junto al fuego. Elías disfrazado, Isaac y Abraham. O los cuentos que le contaba la anciana, el de la gallina que ponía huevos de oro, el de los doce hermanos que se convertían en cisnes. La madrastra que guisaba a sus hijos y se los servía a su marido para cenar.

Un pobre catálogo que aludía a la caridad y el sufrimiento humanos.

Los lloriqueos de la vieja dejaron paso al fin a un silencio doloroso. No se oían los fuertes ronquidos del anciano, lo que significaba que estaría despierto, desconsolado, mirando la oscuridad.

—Dirk —dijo el viejo por la mañana—, hoy te llevaré al bosque y te enseñaré a talar un árbol. Ya es hora de...

No dijo de qué era hora.

Dirk siempre había querido ir con el viejo y aprender esa habilidad. La anciana siempre lo había prohibido. Pero ese día se giró hacia la olla de hierro en la chimenea y no dijo nada, ni para bendecir el proyecto del día ni para vetarlo.

Antes de que partieran, envolvió pan y queso en una muselina y se la puso a Dirk en las manos.

—Tened cuidado con el camino que sigáis y encontrad el de vuelta —les dijo cuando atravesaban el umbral y la puerta.

¿Le tembló la voz porque su pequeño huérfano estaba creciendo? Dirk se giró a mirarla. No salió a despedirse. La puerta estaba cerrada.

4

Caminaron en silencio lo que pareció la mitad de la mañana.

Durante un rato, las ramas de los pinos, cargadas de humedad, quedaron a poca altura. Era un día de otoño, una de esas jornadas intermedias entre la claridad y la penumbra, aunque hacia qué dirección se encaminaba (hacia dónde se dirigía Dirk, si a la penumbra o a la claridad) resultaba incierto.

Siguió al anciano, con los ojos fijos en la cabeza del hacha que se balanceaba en su hombro.

El chico aún se preguntaba a qué le había recordado la discusión de anoche.

Una vez, según los rumores, el ejército de Napoleón estuvo por los alrededores. Quizás iba de camino a la batalla de Ulm o puede que el emperador francés en persona condujera a sus hombres hacia Rusia. Los dos ancianos no tenían muy claros los detalles, pero se preocupaban por mantenerse bien alejados de la trifulca. Para desgracia del niño, ningún batallón de infantería extraviado se acercó a su zona. Ni un soldado desertor, ni siquiera un chico de la corneta perdido. Aun así, el viejo y la vieja habían discutido sobre el peligro. Temeroso de que lo reclutaran, el anciano se había atrincherado en la casa. El hacha disfrutaba de unas

vacaciones en el cobertizo y le había crecido una barba de telarañas.

O quizás Dirk solo estaba recordando las historias de la anciana. Su repertorio incluía padres muertos de hambre que abandonaban a sus hijos en el bosque con una frecuencia pasmosa.

Dirk no quería que lo vendieran al ejército ni que lo dejaran solo en el bosque. No sabía lo que el viejo pensaría de esas cosas. A lo mejor la discusión de anoche solo fue sobre si Dirk era lo bastante mayor para blandir un hacha. Aún era joven. Pero no tanto como antes.

* * *

Llegaron a un conjunto de árboles sobre una meseta, muy oscura y densa a través del manto de hojas amarillas que coronaba sus cabezas. Unas extremidades fornidas se dividían en codos, antebrazos y dedos a partir de los troncos robustos. No se oía la cháchara de los pájaros ni el chirrido de los insectos, ni siquiera la marea del viento en las hojas.

—Pues aquí estamos —dijo el viejo—. Ahora te enseñaré un golpe buenísimo que tardarás en olvidar. Quédate ahí y no te muevas.

Dirk hizo lo que le ordenó.

El anciano bajó el hacha del hombro y la sostuvo ante sí con las dos manos.

—Tienes que sujetar el hacha de esta forma. Imagínate que el mango se divide en tres partes iguales, como tres salchichas del mismo tamaño. Pon la mano derecha aquí y gírala así. La izquierda hacia el otro lado. ¿Lo ves? Lo bien que sostengas el hacha determinará el movimiento y la fuerza del golpe. Puedes causar mucho daño con un buen impacto.

Dirk intentó comprenderlo.